

PRIMERA PARTE

Barcelona



En crisis

Alma suspira hondo mientras aguarda a que le sirvan el tercer café de la mañana en la barra de la cafetería de enfrente del hospital universitario en el que trabaja. Como de costumbre, se ha tomado un descanso en medio de su apretada agenda de pacientes de la mañana.

Son cerca de las doce de un día de septiembre caluroso en Barcelona, a pesar de que ya ha finalizado el verano. A esta hora el Hipócrates está repleto. Al estridente sonido de la cafetera se suman los gritos de los camareros transmitiendo a voces los pedidos a la cocina. Desde luego, no es el mejor lugar del mundo para relajarse. Los médicos, enfermeras y los clientes habituales ocupan todas las mesas y crean un animado bullicio con sus charlas.

Un mechón rebelde, de la media melena ondulada de Alma cae sobre su frente cubriéndole los ojos; se lo aparta con un rápido gesto que denota cierta irritación. De una belleza serena, recién cumplidos los cuarenta, sus facciones armoniosas contrastan con la tensión que se adivina en su rostro, fruto de la inquietud en que vive desde hace meses.

Tras el mostrador, el camarero que la atiende habitualmente advierte que este lunes sus ojos castaños muestran unas incipientes ojeras sin duda producto del insomnio.

Mientras espera a su amiga, Alma saborea el café, mirando con insistencia en dirección a la puerta de cristal de la entrada. Hay un gran círculo rojo para evitar que los despistados choquen al entrar, a pesar de que es automática y se abre apenas se acerca alguien.

—Buenos días, princesa —la saluda con alegría Raquel. Sus expresivos ojos negros la han localizado rápidamente. Le estampa un beso en cada mejilla, antes de pedir con un gesto al camarero un café para ella—. Suéltalo ya, ¡me tienes en ascuas! ¿Qué te pasa que no quieres contarme por teléfono?

—Es que estoy hecha un lío... He pasado una noche horrible pensando en que no tendré más remedio que separarme de Marc. ¡Estoy desesperada! Y ya no aguanto más —confiesa Alma, compungida—. Por favor, ¡no me digas nada! —Al tiempo que le tapa la boca con un gesto de la mano—. Esta decisión tengo que tomarla por mí misma.

Raquel es ginecóloga. Colegas y amigas desde la facultad, Alma se prendó de su personalidad nada más conocerla, hasta el punto que cuando acababa de aterrizar en Barcelona sin conocer a nadie, para iniciar sus estudios de medicina, la acogió en su casa.

—¡Vaya una novedad! —exclama un poco cansada ya del tema—. Llevas meses que cada vez que nos vemos no paras de quejarte de tu marido. ¿Por qué no...?

—Porque ya no sé qué hacer para arreglarlo —la interrumpe impaciente Alma—. Cuando intento hablar con él, se escabulle. Nunca encuentra el momento. ¡Estoy harta! Siempre con las mismas excusas: que si está muy cansado, que si el quirófano es agotador y cuando llega a casa necesita relajarse... Pero ¿y yo qué?

—Marc no es tonto. Sabe lo que quieres y está evitando confrontarse contigo. —Raquel apura su café, antes de proponer—: ¿No crees que os vendría bien un cambio de aires? ¿Por qué no os vais este finde juntos para relajaros y poder hablar con tranquilidad?

—No es una buena idea, Raquel. Tal como estamos ahora, creo que eso sería un auténtico desastre.

—Pues a mí no me preguntes, tú sabes muy bien cómo pienso con respecto a los hombres... No me complico lo más mínimo: si la relación va bien, adelante. Y si no, cada uno por su lado y tan felices.

—Sí, claro, pero tú no estás casada...

—A la vista de los resultados, ni ganas —replica Raquel, consultando su reloj—. Es hora de irme, princesa. Tengo una cita en la

sala de partos. Si te parece, ¿quedamos para cenar y seguimos charlando?

—Espera a ver... Depende de si Marc cena en casa o no esta noche. Necesito poder hablar con él para estar tranquila. Te llamo más tarde...

—Como tú quieras. —Se despide con un abrazo de oso, un término que en su argot particular designa abrazos muy apretados y afectuosos.

Alma paga los cafés y, al momento, sale presurosa hacia su trabajo.

En el edificio de consultas externas anexo al hospital le quedan todavía varios enfermos por visitar. No ve el momento de terminar su turno para volver a recogerse en casa. Desde que cumplió los cuarenta, hace poco más de un mes, le cuesta disimular la profunda insatisfacción que siente. Se le ha esfumado la juventud sin que apenas se haya enterado.

Su matrimonio está en crisis. Es evidente, ya no puede negarlo. El reloj biológico la apremia mientras en los últimos años su decisión de ser madre ha sido aplazada una y otra vez por distintas razones. Y todas por causa de su marido. Al principio, porque tenía que acabar la especialidad. Más tarde, porque estaba en Estados Unidos perfeccionando su técnica quirúrgica... Después, porque preparaba las oposiciones a médico adjunto del hospital.

Ahora que ambos tienen sus carreras bien encauzadas, su matrimonio pasa por horas bajas. Casi no se ven y hace meses que no hacen el amor.

Pensando en ello ha llegado al edificio de consultas externas. Ante la puerta del ascensor pulsa con insistencia el botón porque se demora en llegar. Un nutrido grupo de personas esperan con ella. «Que no me encuentre con ningún paciente ahora», se dice. Desde que la trasladaron al nuevo consultorio, fuera del recinto del hospital, sufre esta incomodidad todos los días. Tropieza con los enfermos que trata por los pasillos, en el ascensor e incluso en la cafetería. Tienen la costumbre de abordarla para hablar de sus achaques y, sin el historial clínico delante, Alma muchas veces no recuerda sus

dolencias y teme meter la pata. Son muchos los pacientes que ve cada día, en horario intensivo. Es imposible recordarlos a todos.

Accede a la cabina y pulsa el botón del tercer piso.

Un hombre entrado en carnes, calvo y con la cara congestionada, la mira de frente y dice:

—Doctora Martí... ¿Se acuerda de mí? Me trató una úlcera de duodeno el año pasado, pero ahora parece que se ha reproducido y vengo a verla otra vez.

—Claro que me acuerdo de usted. No se preocupe, pida hora y lo veré enseguida...

—Miente: no lo recuerda en absoluto.



Consultas externas

Al salir a la tercera planta, Alma saluda a Rosa.

—Ya estoy aquí...

La supervisora teclea rápida y eficiente frente a su ordenador. Sentada tras el mostrador, lo tiene todo bajo control. Su exuberante anatomía desprende una cálida humanidad, con un corazón tan grande que no le cabe en el pecho. Existe una corriente de cariño entre las dos que se puede palpar. Alma se siente afortunada de tenerla al mando de sus consultas. Hace tanto tiempo que trabajan juntas que se entienden sin necesidad de palabras. Sin levantar la cabeza, Rosa ya sabe que puede hacer pasar a su próximo paciente.

Abre la puerta con el rótulo: «Dra. Alma Martí, Medicina Familiar».

El espacio de la consulta, de paredes blancas, es reducido. En la mesa de fórmica, la esperan diversos formularios junto a un vademécum y un vaso con bolígrafos. Detrás, la amplia cristalera da al jardín posterior, un lujo que hace que el despacho disponga de luz natural todo el año. El mobiliario se completa con una camilla situada a un lado de la mesa.

Rosa recoge con premura un historial de la pila ordenada a su derecha y lo entrega a la auxiliar que se dirige a la sala de espera, donde los pacientes hacen honor a su condición hasta que se les reclama.

—¡Antonia Pérez! —vocea.

Una señora obesa de mediana edad, vestida enteramente de negro, se levanta y recoge su bolso. Lentamente y con dificultad, se incorpora para seguirla. Antonia ya conoce el camino. Es paciente

habitual de la doctora Martí. Padece una artrosis degenerativa de las rodillas limitante y dolorosa.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunta mientras le estrecha la mano con suavidad.

—Voy tirando, doctora, pero las rodillas siguen dándome la lata.

—Vamos a ver...

Alma le ayuda a subir a la camilla para que se acomode.

A pesar de que ha perdido la esperanza de curarla, sabe que el contacto físico es vital para que haya una buena transferencia entre médico y paciente. Quiere mostrarle apoyo y afecto, así que la explora con detenimiento, palpándole las rodillas con el secreto deseo de que no haya empeorado desde la última vez. Parece que siguen igual. «Menos mal...», piensa aliviada

—Antonia, sus rodillas están mejor —la anima para generar el «efecto placebo».

—Pues me crujen con cada paso y por la noche veo las estrellas. ¡Estas rodillas no me dejan dormir!

—Los crujidos no tienen arreglo, Antonia. Necesitan un poco de aceite, es cosa de la edad —bromea—. Pero voy a cambiarle la medicación que toma por la noche y ya verá que dormirá mejor.

Preocupada por los efectos secundarios a largo plazo, Alma cierra los ojos por un instante y sopesa los pros y los contras del medicamento que va a prescribir. Hace ya unos años que se interesa por la medicina homeopática, pero estos remedios, aunque eficaces, no puede recetarlos en el hospital porque no los suministra la Seguridad Social.

Escribe la receta, un antiinflamatorio similar al que está tomando a una dosis un poco superior. Le prescribe además un protector gástrico. No quiere correr el riesgo de que se le ulcere el estómago a consecuencia del tratamiento.

«Tendría que hacer una dieta alcalina» piensa, mientras calcula las consecuencias de ponerse a discutir con ella lo que puede comer y lo que no... Se siente demasiado cansada para enfrentarse a ello, así que decide dejarlo para la próxima visita, en el caso de que no experimente alivio.

—Espero que se encontrará mejor, Antonia —le dice para animarla mientras escribe la receta—. Pero hasta que vuelva a visitarme, deje de comer carne y embutidos. No le va bien a sus rodillas. Nos vemos en un par de meses.

Al tanto de las últimas investigaciones en el campo de la nutrición, al empezar a visitar observó que muchos de sus pacientes eran obesos. Sin duda, el sobrepeso no contribuía a mejorar su patología. Por este motivo, en la consulta, se preocupaba de averiguar qué solían comer sus enfermos y empezó a prescribirles las dietas adecuadas a sus padecimientos. Esto prolongó el tiempo medio de sus visitas de forma alarmante.

Mientras trataba de convencer a un paciente con el índice de colesterol alto de que no tomara tocino, embutidos ni leche, los demás que esperaban su turno, impacientes —en eso se habían convertido— protestaban ante la supervisora por el retraso y reclamaban ser atendidos. Era siempre la última en acabar y lo hacía bajo presión. Las enfermeras la urgían para poder dejar archivados los historiales clínicos antes de finalizar su turno.

Desanimada en su empeño, al final tiró la toalla. Dejó de hablar a sus enfermos de dietas y recuperó el ritmo normal de sus consultas, para alivio del personal de enfermería.

A pesar de su decepción en el ambulatorio, Alma se esmeró en aplicar a su propia dieta todo lo que había aprendido y empezó a escoger con cuidado los alimentos que comía. Pero como había estudiado a muchos nutricionistas diferentes, resultó que no podía comer casi nada.

En primer lugar, debía evitar el riesgo que suponían para la salud los agentes químicos presentes en la producción, procesado y envasado de los alimentos. Los expertos recomendaban que la comida fuera de cultivo orgánico, libre de pesticidas y químicos añadidos. El problema era que no se encontraban en todas partes y no siempre disponía de una tienda a mano dónde abastecerse.

Por otro lado, no podía comer pan blanco porque el trigo, en su mayor parte transgénico, provocaba alergias intestinales, y además en el proceso del refinado la harina perdía la fibra, lo que era causa

de estreñimiento. Es verdad que podía sustituirlo por pan integral de centeno o espelta, pero no lo encontraba en la mayoría de las panaderías y seguro que no lo tenían en las cafeterías. Así que renunció al pan blanco y se sentía culpable cuando, por falta de tiempo, almorzaba el socorrido bocadillo.

Para otros muchos especialistas, los alimentos prohibidos eran la carne y los embutidos debido a su contenido en nitritos. Esto resolvía de modo tajante el tema del bocadillo: sin ponerle jamón ni comerse el pan, era una comida ¡imposible!

Además, había que suprimir los lácteos de la dieta, en este punto todos los autores coincidían. Son indigestos y provocan mucosidades que favorecen las infecciones respiratorias e intestinales. No existe en el mundo animal ninguna especie que se alimente de leche después de que el cachorro haya sido destetado. Esto daba que pensar.

Así pues, el intento de Alma de comer sano no le resultaba fácil en absoluto, porque eliminar la leche de la dieta implicaba renunciar también a una interminable lista de alimentos procesados que la contienen; sin contar con todos los derivados, como el queso o la nata.

Por último estaba el azúcar, considerado el peor de todos por muchos nutricionistas ya, que provoca diabetes y embota la mente. Sin lugar a dudas, era el primer responsable de la obesidad. Esto descartaba de un plumazo los dulces y la bollería.

Todo lo que había aprendido le complicaba sobremanera el desayuno, que se había convertido en una carrera de obstáculos y en el primer desafío del día. No podía comer pan blanco, ni café con leche, ni bollería... los cereales no le gustaban...

«¿Qué tomo para desayunar?», se preguntaba desesperada por la mañana, antes de acudir al hospital.

Finalmente se decidió por los batidos de fruta, pero a media mañana el estómago le rugía de hambre. Entonces se enfrentaba con todos sus demonios ante la barra del bar, donde se exhibían con descaro los apetitosos bocadillos condenados por su decisión de alimentarse de forma saludable.

A falta de otra cosa, se volvió adicta al café. Hasta el día en que murió un paciente ingresado por el que sentía mucho aprecio. Escapó a la cafetería más veces de lo habitual y acabó con los nervios de punta y un tembleque en las manos que no podía controlar.

Ante el desastroso efecto de la cafeína, como último recurso decidió pasarse al descafeinado. Aún no había leído a los autores que opinan que es mucho peor que el café.



Mujer de

Una vez finalizadas las consultas de la mañana, llega la hora de la comida. Mientras hace cola en la cantina del hospital, Alma mira a su alrededor por si encuentra alguna cara amiga. No le gusta comer sola.

Analiza con mirada profesional los alimentos que se exponen en raciones individuales. Toma una ensalada y un plato de pescado —«bacalao fresco», informa el cartelito—, una manzana de postre y un botellín de agua mineral. No la seduce mucho el rancho que sirven en el hospital. El pescado es congelado, la ensalada aguada, las sopas saladas y las salsas demasiado grasas. Algunas veces, si dispone de tiempo, prefiere salir a la calle en busca de una comida más de su agrado.

Con la bandeja en la mano, busca un lugar para sentarse. Transita con cautela entre las mesas hasta que encuentra una silla libre en una mesa de cuatro en la que no conoce a ninguno de sus ocupantes y toma asiento.

—Buen provecho —saluda, y se dispone a comer en silencio.

Mientras come el pescado sin mucho apetito, se entretiene pensando en su marido. Se pregunta a qué hora aparecerá esta noche y si estará de humor para hablar. Últimamente resulta difícil tener una conversación con él.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el médico que tiene sentado enfrente la observa con atención y pregunta:

—Tú eres la mujer del doctor Núñez, ¿verdad? —Alma asiente con la cabeza porque tiene la boca llena—. No sabes lo agradecidos que le estamos mi mujer y yo. Tu marido le hizo el trasplante

hace poco más de un mes y se encuentra muy bien. ¡Parece un milagro!

Se fija en la identificación que su interlocutor luce en la solapa de su bata: «Dr. D. Fernández, pediatría».

—Era una operación de alto riesgo y al principio estábamos muy asustados. Pero el doctor se mostraba tan seguro de que todo iría bien, como así ha sido, que nos transmitió mucha tranquilidad. —Sus ojos se humedecen al afirmar—. Mi mujer le debe la vida.

—¡Oh! Me alegro mucho por los dos... ¿Y su mujer? ¿Todavía sigue ingresada en el hospital?

De repente, Alma ve la posibilidad de meter la nariz en el territorio sagrado de su marido.

—Ya no, ha evolucionado favorablemente y está en casa, gracias a Dios.

—¡Yo también le conozco! —mete baza la mujer joven que come al lado del pediatra—. El doctor Núñez fue mi profesor de cirugía. Encantada de conocerle. Es una suerte estar casada con un cirujano tan brillante.

—Sí, es verdad, aunque con su especialidad pasa poco tiempo en casa.

Un poco incómoda con el tema de conversación, justo cuando un amasijo de emociones contradictorias se debate en su interior, apura el plato y da por terminada la comida excusándose con el trabajo.

Se guarda la manzana del postre para comerla a media tarde y se dirige a buen paso a la planta de Medicina General para visitar a sus pacientes ingresados.

Su marido es un reputado cirujano que se especializó en Estados Unidos en trasplante de hígado. En el quirófano tiene un temple de acero. Nunca pierde el control, a pesar de que los trasplantes requieren muchas horas de concentración en la sala de operaciones. Su trabajo reporta grandes beneficios a las arcas del hospital, lo que le procura una posición de privilegio entre el estamento médico. Fuera del hospital, atiende una consulta privada de alto *standing* y opera además en una clínica de la zona alta de Barcelona.

Si aparece un donante, tiene que salir corriendo hacia el quirófano se encuentre donde se encuentre. La intervención no se puede demorar porque los órganos aguantan viables muy poco tiempo para cambiar de dueño. Por este motivo sus horarios son totalmente imprevisibles, así que ella nunca sabe cuándo puede contar con él.

Pensando en todo esto, ha llegado a la planta de los enfermos ingresados. Son las horas más pesadas del día, porque tiene por delante todo el papeleo: rellenar formularios, revisar historiales clínicos, comprobar los análisis y pruebas que van llegando... De todas estas tareas, la que más le gusta es visitar a los pacientes antes de marcharse. Charla un rato con ellos, intenta animarles porque están preocupados, esperando buenas noticias sobre su evolución, que no en todos los casos puede confirmar. Siempre tiene una palabra de aliento para cada uno. Sabe que es la mejor medicina que les puede administrar.

Este lunes Alma se encuentra decaída y deseosa de estar en su casa para darse un buen baño caliente con sales relajantes a la espera de la llegada de su marido. Tal vez encuentre la manera de poder comunicarse de nuevo con él. O quizá podrían hacer el amor, meterse juntos en la bañera, como hacían de recién casados en lo que constituía su ritual secreto antes de iniciar una noche de pasión.

«Ahora, concéntrate en el trabajo», se dice al enfilar el largo pasillo con puertas a ambos lados que dan acceso a las habitaciones que ocupan los pacientes.

Saluda de paso a las enfermeras y entra decidida en el despacho destinado a los médicos, donde se dispone a consultar los historiales de sus pacientes.

—Alma, ¿estás bien? —pregunta el residente al verla.

—Claro que sí... ¿Por qué lo dices?

—No sé, tienes mala cara.

«¿Tanto se me nota?» Fastidiada, se retira un mechón de pelo de la cara.



Hogar, dulce hogar

A las seis de la tarde, Alma cruza por fin la puerta de su casa, un lujoso ático situado en la zona alta de Barcelona. Inspira aliviada al percibir la particular fragancia de las velas de olor de Diptyque, que le encanta: Una acertada mezcla de cítricos, canela y clavo que perfuma delicadamente el ambiente.

«Hogar dulce hogar», suspira.

Es un piso muy acogedor, una mezcla muy acertada de muebles antiguos de madera añeja combinados con otros de moderno diseño.

Se dirige al amplio comedor, en el que destaca una vanguardista mesa de cristal. El suelo de madera pulida está revestido con alfombras persas de vivos colores. Deja el bolso y el teléfono móvil sobre la mesa y se desploma en el amplio sofá color berenjena de la sala de estar.

Justo entonces suena el timbre del teléfono. Estira el brazo con desgana y levanta el auricular.

—Hola, ¿qué quieres, mami?

Alma suspira. Su madre posee un don especial para saber cómo se encuentra y hoy no tiene ánimos para disimular. No desea preocuparla.

—Sólo quería saber que tal estáis... Te llamo, además, porque el domingo celebramos mi cumpleaños y queremos invitaros a comer. ¿Estará ocupado Marc?

—¿En Barcelona o en Cadaqués? —quiere saber.

Sus padres pasan casi todos los fines de semana en esta bella localidad de la Costa Brava donde poseen una casa frente al mar.

—En Cadaqués. Tu hermana y tu cuñado también van a venir —añade la madre—. Consúltalo con Marc y me dices algo cuando lo sepas...

Ahora no es el plan que más le apetece para este fin de semana. Quiere disponer de tiempo a solas con Marc para intentar intimar con él.

—Sí, mami, de acuerdo. Pero ahora tengo que dejarte, que se me va a salir el agua de la bañera —miente.

—Adiós, hija. No te olvides de llamarme.

Alma se despide pensando en cómo va a excusarse. No está de humor para disimular su decaído estado de ánimo y necesita tiempo para reconquistar a su marido. De momento, no quiere que su madre se entere de sus problemas de pareja.

Está segura que será capaz de resolverlos. En su familia la consideran una pareja perfecta. Y, precisamente ahora, su realidad no se ajusta a este ideal. Su madre idolatra a Marc. Lo encuentra atractivo, de exquisita educación, además de rico, un detalle que tiene en alta estima. Siempre se han llevado muy bien. Alma piensa que lo quiere como al hijo que nunca tuvo. Si alguna vez ella se permite una queja sobre él, invariablemente su madre lo defiende con pasión acusándola de exigente y poco comprensiva.

Está convencida de que, en el caso de separarse, su madre se pondría de parte de su marido. Así que decide cancelar la invitación alegando que Marc tiene trabajo. Este fin de semana necesita tiempo para estar a solas con él. Ya la llamará mañana, ahora quiere desconectar.

No piensa atender al teléfono en lo que queda de tarde. Pone su CD de música preferido para relajarse, *Deep Pace* de Bill Douglas *A Day without Rain* de Enya, y se dirige al baño.

Abre el grifo y empieza a llenar la bañera, donde derrama una generosa cantidad de sales a las que añade unas gotas de aceite esencial de ylang ylang y lavanda. Le gusta el agua muy caliente, que casi le queme la piel. Desnuda, se va sumergiendo despacito, mientras un estremecimiento de placer le recorre el cuerpo al sentir que todos sus músculos en contacto con el agua, por fin... se aflojan.

Alma desea ardientemente recuperar sus noches de amor con Marc. Tiene un don especial para el placer sensual. Le encanta perfumar el ambiente con velas, los aceites aromáticos para la piel, los tejidos delicados... disfrutar de la intimidad con él. Siente una dolorosa nostalgia en medio del pecho al recordar los arrebatos de pasión que compartían. En los primeros años de casados hacían el amor en cualquier lugar de la casa... Recuerda los besos apasionados, el gusto por la lencería atrevida que a Marc tanto le excitaba, los deliciosos manjares que se ofrecían en la boca el uno al otro como preludio del placer sexual que ambos disfrutarían después...

Cierra los ojos y se deja llevar. El vapor aromático que desprenden las sales la trasladan a los momentos de íntima complicidad compartidos con él en esta misma bañera.

Al principio de su matrimonio, se bañaban juntos cada fin de semana. El sábado por la noche o el domingo por la mañana, se metían dentro del agua caliente, uno frente al otro, de manera que sus partes más íntimas quedaban expuestas. Jugaban a excitarse acariciándose con los dedos de los pies o con las manos por debajo del agua, como preludio de lo que estaba por venir.

Alma se hizo experta en fragancias y cada semana probaban diferentes aceites esenciales de sensuales aromas. La hipotensión resultante de la temperatura del agua le procuraba una sensual languidez que la excitaba sobremanera. Después del baño, se masajearon uno al otro con aceites perfumados mientras hacían el amor. Desconectados del mundanal ruido, se entregaban con pasión a disfrutar de sus cuerpos con calma.

En aquella deliciosa época de su matrimonio, llegó al punto que, cuando escuchaba que Marc abría el grifo y empezaba a llenar la bañera, sentía que la humedad de su vagina empezaba a calar sus bragas.

Alma descubrió entonces que tenía un punto «G», entre otros muchos puntos de placer sin letra, que Marc exploraba con meticolosa pericia.

Relajada en el agua, desea ardientemente hacer el amor con su marido, sentir el espasmo de placer de su pene penetrando en su vagina, el contacto con su piel velluda y el olor entre ácido y acre de su semen, el perfume del amor.

Está excitada y muy confusa.

Al recordar su glorioso pasado sexual, comparado con el desierto afectivo en el que habita ahora, una furtiva lágrima se desliza silenciosa por su mejilla. Siente que le embarga una profunda melancolía y llora quedamente por un tiempo feliz que se ha esfumado de su existencia.

De pronto, siente un escalofrío. El agua de la bañera se ha enfriado.

Se enfunda tiritando un mullido albornoz de algodón blanco y se tumba sobre la cama.

Agotada, se queda dormida enseguida.

La despierta de un sobresalto el ruido de la puerta de la entrada al cerrarse de golpe. Son las once de la noche. Un escalofrío le recorre la espina dorsal. No recuerda dónde se encuentra y se ha quedado helada.

Escucha la voz de su marido que la llama desde el comedor.

—¡Alma! ¿Dónde estás?

—Aquí, en el dormitorio... —Se levanta y cruza vacilante el pasillo que la separa del comedor—. ¿Has cenado, cariño?

—Sí, en el restaurante de la esquina de la consulta. He acabado muy tarde; lo siento, estaba hambriento —se justifica, mientras se quita la chaqueta y se afloja el nudo de la corbata.

—Ven a la cama... Yo no he cenado, te estaba esperando, pero no tengo apetito y prefiero charlar un ratito contigo —apunta esperanzada.

—Voy enseguida, cariño, pero antes necesito revisar mi correo electrónico.

Dicho esto, se dirige al escritorio del salón donde se encuentra su ordenador portátil.

Desencantada, Alma se da media vuelta. Necesita entrar en calor, así que vuelve a la habitación y abre el cajón de la cómoda. Toma uno de sus cálidos pijamas de algodón. Enfunda sus pies helados en unos gruesos calcetines y, resignada, se instala en su lado de la cama.

«¡Cuando tendrá tiempo para mí! —se dice a sí misma, frustrada—. Intenta dormir, cariño, mañana te espera otro día agotador.»



Un amor tibio

El despertador la arranca del sueño con su acostumbrada melodía a la misma hora cada mañana. Son las siete. Empieza un nuevo día en casa del matrimonio Núñez-Martí.

Mientras su consciencia aterriza en la habitación, una conocida ansiedad empieza a instalarse despacio en su cuerpo, como una insidiosa presencia gris que va tiñendo su vida de desesperanza y tristeza.

Alma alarga el brazo entre las sábanas para comprobar, contrariada, que el otro lado de la cama está vacío.

Le llega el rumor del agua en la ducha.

Salta del lecho y se dirige con resignación a la cocina para preparar el desayuno.

Pela la fruta con cuidado y llena el vaso de la batidora con una naranja para la vitamina C, un plátano para el potasio y una manzana para los minerales. Añade un trozo de jengibre para la circulación de la sangre, pipas de girasol crudas para los ácidos grasos esenciales y un puñado de brotes de alfalfa para la clorofila y el hierro. Gira el mando y la pone en marcha.

¡Listo! Pura energía.

Sirve el *smoothie* en dos vasos largos. Apura uno y lleva el otro para Marc al cuarto de baño.

Su marido ha salido de la ducha y se está afeitando. Tiene la cara blanca, cubierta de espuma. Mientras se va rasurando, con movimientos precisos, la mira a través del espejo con ojos soñolientos.

Alma deja el vaso sobre la repisa de mármol del lavabo:

—Buenos días, cariño. ¿Cómo se presenta la mañana?

La necesidad de hablar que le urgía anoche se ha esfumado por completo. Lo último que desea ahora es una discusión que le arruine el día y le haga aún más pesada la jornada que tiene por delante.

—Estoy a tope... Hoy tenemos sesión clínica hasta las tres. Por cierto, recuerda que esta noche hay partido del Barça. No me esperes a cenar. Voy a casa de Ramón, ya sabes...

Sí, lo sabe de sobra, el fútbol es sagrado. Es forofo del Barça y no se pierde ningún encuentro. Junto con su amigo Ramón, que también es cirujano, organizan veladas gastronómicas para ver los partidos en la televisión que están vetadas a las mujeres.

—Vale, cariño —responde ella, resignada—. En ese caso llamaré a Raquel por si podemos quedar para cenar juntas.

Acto seguido, se quita el pijama para entrar en la ducha. Completamente desnuda, sabe que le da la espalda y se demora adrede. A través del espejo, evalúa por el rabillo del ojo la reacción de su marido a la descarada exhibición de sus nalgas. Ni tan siquiera la mira, enfrascado como está aplicando gomina con los dedos a su pelo negro y ondulado.

Se mete en la ducha, contrariada.

Nada de lo que antes resultaba le funciona ahora. Antes, hubiera sido imposible mostrarle el trasero en pompa, que le volvía loco de deseo, sin recibir como mínimo una cariñosa cachetada en la nalga o una sensual caricia de la mano por su sexo para comprobar por su grado de humedad si podían empezar el día con «uno rápido», que en su argot de pareja significaba sin preliminares.

«Bendita agua caliente», suspira aliviada, mientras el agua discurre por su cuerpo como un bálsamo, calmando los agitados pensamientos que bullen en su cabeza, amenazando con hacerla explotar en cualquier momento.

Echa mucho de menos el sexo con su marido. Después de un buen polvo se sentía divinamente. Se quedaba en un estado de laxitud y relajación que le duraba todo el día. Facilitaba mucho

su trabajo porque no se ponía nerviosa ni se impacientaba por nada.

Como sustituto para relajarse, había probado con el Diazepam, pero no tuvo los mismos efectos, ni de lejos. La pastilla la dejaba embotada y soñolienta. El primer día que la tomó se quedó traspuesta en la cama más de doce horas. Llegó tarde y avergonzada al hospital, sin saber qué excusa inventar para justificar su tardanza. Así constató que la química no era el mejor sustituto para el sexo. Alma sale de la ducha, se pone el albornoz sobre la piel mojada y se dirige a la mesita de noche para ver cómo va de tiempo.

«Tengo que llamar a Raquel sin falta.»

Advierte con horror que ya son las siete y media. A las ocho en punto tiene que estar en la sesión con la que se inicia su jornada en el hospital. Un inteligente truco de su jefa, la doctora Josefina Valls, para asegurarse la puntualidad de todo el equipo médico. Alma la admira. Josefina es una mujer entrañable: Médico por vocación, voluntaria de Médicos sin Fronteras desde hace años, dedica sus vacaciones a atender a los más desfavorecidos del tercer mundo en Afganistán, Sudán o Etiopía. Aunque no intiman fuera del hospital, después de años de trabajar juntas se tienen en gran estima profesional y se apoyan mutuamente en el servicio.

Acelerada, abre el armario y pilla lo primero que encuentra en la percha: unos tejanos, una camisa blanca y un chaleco de punto azul.

Se calza unos botines de tacón bajo que son cómodos para andar por el hospital. Recoge la chaqueta de mezclilla color mostaza del perchero, el bolso, las llaves, la cartera, el teléfono móvil... y sale de casa corriendo para tomar el autobús.

Desde su asiento, envía un *whatsapp* a Raquel. Teclea en el teléfono móvil:

SOS. ¿Estás free para cenar esta noche?

Antes de llegar, percibe su móvil vibrando y lo mira con ansiedad.

¿En el Toscana a las 21h?

Aliviada, Alma responde:

OK, Diosa.

Este es el mote que le puso a Raquel el mismo día que la conoció, admirada de su morena belleza.